

CONDESA MATHIEU DE NOAILLES (1877)

La ofrenda a la Naturaleza

CORDIAL Naturaleza que bajo el cielo posas,
Nadie habrá como yo tan tiernamente amado
La lumbre de los días y el dulzor de las cosas
Y la tierra y el agua que en vida han germinado.

Tus bosques, tus estanques y tu campo fecundo
Aún más me han conmovido que los ojos humanos.
Entera me he apoyado en la beldad del mundo
Y todos tus aromas he tenido en las manos.

A modo de corona tus soles he llevado
En mi frente orgullosa y llena de candor.
A faenas de otoño mis juegos he igualado
Y en brazos del verano he llorado de amor.

He venido hacia ti sin miedo y sin prudencia
Dándote asentimiento para el bien, para el mal.
Pues no sé otra alegría ni conozco otra ciencia
Que tu alma impetuosa con su astucia animal.

Como flor donde alojan las abejas su fiesta,
Mi vida ha derramado perfumes y canciones.
Y este mi corazón matinal es la cesta
Que de hiedras y ramas te consagra los dones.

Sumisa como el agua que copia la ribera.
 Yo conozco esa fiebre que arde en tu vespertino
 Crepúsculo y que aporta al hombre y a la fiera
 La adorable impaciencia y el deseo divino.

¡Te tengo entre mis brazos, palpitando. Natura!
 Y pensar que la sombra me cegará en su horror.
 Y que iré a una comarca sin brisa y sin verdura
 Que no visitan nunca ni la luz ni el amor. . .

(*Le Cœur innombrable*, ed. Calmann-Lévy, 1901.)

La tarde aún será larga...

LA tarde aún será larga, los días prolongando
 Van su luz, que dispersan en vivo derroche;
 Atónitos los árboles de no ver a la noche.
 Aún velan en la tarde blanquecina, soñando. . .

En la atmósfera densa, dorada de fulgores,
 Los castaños derraman y difunden su esencia;
 Nadie a marchar se atreve, como si su presencia
 Interrumpir pudiera ese sueño de olores.

Lejano llega el ruido que la ciudad trasciende. . .
 El polvo, que una brisa ligera levantaba.
 Abandonando el árbol sobre el que reposaba.
 Al camino tranquilo, suavemente, descende.

Cumplimos, día a día, el habitual alarde
 De mirar esa ruta tantas veces seguida.
 Hoy sin embargo hay algo que ha cambiado en la vida:
 Ya no tendremos nunca nuestra alma de esta tarde. . .

(*Le Cœur innombrable*.)

Escribo...

ESCRIBO a fin que nadie, después de mi existencia,
 Ignore cómo al goce di total preferencia.
 Y que al futuro lleve mi libro la certeza
 De cómo amé la vida y la naturaleza.

En la casa y el campo, puse mis aficiones.
 Contemplé, día a día, pasar las estaciones.
 Porque la llama inquieta, la tierra, el agua calma,
 No son en sitio alguno más hermosas que en mi alma.

He dicho lo que he visto, canté lo que he sentido,
 Todo lo verdadero no lo estimé atrevido.
 Y he gustado esta fiebre, del amor intimada.
 Para después de muerta, a veces, ser amada.

Y que un joven, entonces, leyendo lo que escribo,
 Sienta por mí su pecho turbado y efusivo,
 Y, olvidando el halago de las esposas bellas,
 Me reciba en su alma y me prefiera a ellas...

(*L'Ombre des jours*, ed. Calmann-Lévy, 1902.)

Las añoranzas

¡DOS, quiero quedarme sola junto a las tumbas.
 Los muertos bajo tierra, la aurora sin penumbras,
 El aire huele a hierbas, a ramaje florido,
 Los muertos en la muerte por siempre se han dormido.
 ¡Mi cuerpo ahora danzante también será despojos,
 Tendré su misma frente y vacíos los ojos.

Y cumpliré ese acto solitario que aterra,
Yo que no dormí nunca sola sobre la tierra!
¡Cuánto debe morir, cuánto trocarse en nada,
El deseo, la boca, el beso, la mirada!
¡Ser luego un ser de sombra, de silencio y de pena
Mientras verdibermeja la primavera plena
De savias se levante con vigor sempiterno!
Haber tenido el pecho, como el mío, tan tierno,
Henchido de molicie y de goce ferviente
Y ya no enternecerse frente al alba naciente.
Yacer en el reposo por los siglos sin cuento. . .
Otros estarán vivos, con ruidoso contento
Los hombres marcharán junto a niñas precoces,
Mirarán las labranzas, las cosechas, las hoces,
El matiz de los meses, delicado e incierto,
Y yo no veré nada, puesto que ya habré muerto.
Nada sabré yo entonces del vivir placentero. . .
Pero aquellos que lean este libro sincero,
Al saber de mis ojos la mirada ardorosa,
Vendrán hacia mí sombra sonriente y luminosa,
Con el corazón lánguido y el alma resentida,
Pues habrá en mis cenizas más calor que en su vida. . .

(L'Ombre des jours.)